PRÓLOGO

La enfermedad es la fiel compañera del hombre, su enemiga invencible, su propia naturaleza. que le obliga a pasar de la lozanía de la juventud, inexorablemente, a la degeneración, a la decadencia de sus fuerzas y al final postramiento del cuerpo. Por ello la humanidad se ha afanado en una lucha por la perduración, en la búsqueda de los mecanismos que desatan la enfermedad, los síntomas que se pueden percibir, a fin de aprestarse a su cura o preservar a los otros del contagio. Una creación tan humana como la literatura -o el arte- no podía dejar de lado una realidad tan cotidiana y flagelante, de manera que desde los primeros vagidos literarios, cuando se habla del hombre se habla también de su frágil existencia, y desde la vida se palpa la tremenda realidad de la muerte.

El mismo artista es, a menudo, un enfermo, estigma en este caso de su diferencia homérica: ciego, capaz de ver más que los demás hombres, tocado por la mano de Dios, y lo que es un don es también un castigo, o loco, enfermedad sagrada que ya Aristóteles asociaba a la genialidad creativa.

Esta tópica sufre avatares diferentes hasta llegar al siglo XIX, el siglo de la ciencia, de las obsesiones normalizadoras, del positivismo triunfante, de las catalogaciones y de la fisiología.La época en que todo debe estar en su lugar y donde, sobre todo, se desarrolla el concepto de una normalidad que se construye frente a lo diferente, que es sentido como una amenaza al orden que se pretende implantar. La ciencia será el gendarme de la nueva sociedad, quien garantice la seguridad frente a las masas obreras -alcoholizadas-, los pobres -terribles propagadores de infecciones-, los locos -perturbados a los que hay que aislar en los manicomios[1]-, prostitutas -portadoras del contagio-, o los judíos -según la literatura al uso, sifilíticos y tísicos[2]-.

A pesar de los orígenes clásicos de esta tendencia a la patolo-

---

[1] Vid. Rafael Huertas García-Alejo, *Locura y degeneración* (Madrid: CSIC, 1987).

[2] Vid. al respecto Sander L. Gilman, *Health and illness* (Londres: Reaktion Books Ltd., 1995)

gización del escritor, fueron el romanticismo y, sobre todo, el *fin de siècle* los dos momentos cenitales de este proceso, si bien la literatura del realismo refleja las enfermedades sociales (alcoholismo y prostitución) y toda una batería de libros científicos se convierten en un intertexto familiar para escritores y lectores. Artistas y héroes finiseculares sienten que una afección ha hecho presa en su cuerpo y en su mundo.

La novela, en el último tercio del siglo pasado, se llena de personajes degenerados -al hilo del naturalismo-, hasta el punto de dar lugar a controversias sobre los autores que han engendrado semejantes individuos: Zola fue clasificado como "epiléptico" (Lombroso), "degenerado superior" (Magnan) y tuvo que someterse a análisis clínicos, para demostrar su salud, después del ataque de Max Nordau.

Este último autor publica un texto de largas consecuencias: *Entartung* (*Degeneración*) (1893), obra que se traduce al francés al año siguiente, de extraordinario y polémico éxito, donde manifiesta que el artista es un infectado que debe ser aislado para que no contagie a la población no enferma. El meollo de este libro -y de otros que vuelven sobre el tema: *Las mentiras convencionales de nuestra civilización* (1883), *Paradojas* (1885), en su novela *El mal del siglo* (1887), ...- no es otro que la demostración de que los escritores simbolistas como Baudelaire, Verlaine o Mallarmé están locos.

La importancia de las ideas de Nordau, y de otros ensayistas, son fundamentales para el desarrollo de toda una literatura de la medicalización[3], de la patologización, en un contexto muy apro-

---

[3] Numerosos trabajos se han dedicado a este tema, aparte del citado de Gilman hay que recordar otros suyos: *Difference and Pathology. Stereotypes of Sexuality, Race and Madness* (Ithaca: Cornell University Press, 1985), y en colaboración con J. Chamberlain (eds.), *Degeneration. The dark Side of Progress* (Nueva York: 1985). Asimismo, vid. Elaine Showalter, *The Female Malady. Women, Madness and English Culture* (Nueva York, 1985); idem, *Hystories. Hysterical epidemics and modern culture* (Nueva York: Columbia University Press, 1997); Susan Sontag, *La enfermedad y sus metáforas. El sida y sus metáforas* (Madrid: Taurus, 1996); Steven E. Aschheim*, In times of crisis: essays on European Culture, Germans, and Jews* (Madison, Wis.: University of Wisconsin Press, 2001); Sally Ledger y Roger Luckhurst (eds.), *The "fin de siecle": a reader in cultural history (1880-1900)* (Oxford: Oxford University Press, 2000); etc.; y para el mundo hispánico los excelentes trabajos de Richard Cardwell ("Médicos chiflados: medicina y literatura en la España de fin de siglo XIX", *Siglo Diecinueve* 1 (1995) 91-116 y "*Los raros* de Rubén Darío y los médicos chiflados finiseculares", en Cristóbal Cuevas (ed.), *Rubén Darío y el arte de la prosa. Ensayo, retratos y alegorías*, Málaga, Publicaciones del Congreso de Literatura Española Contemporánea, 1998, 55-77)y Benigno Luis Trigo (*Enfermedad y escritura: el impacto de la decadencia y de la degeneración en la obra de cuatro escritores hispanoamericanos,* Yale University, 1992 -tesis doctoral-).

piado por la expansión de las teorías de Darwin. Nietzsche, Verlaine, Wagner fueron así cuestionados gracias a la maquinaria pseudocientífica construida por el escritor húngaro y su discurso penetró en todo occidente contaminando obras como las de Stoker (*Drácula*, 1897) y las del mundo hispánico que reaccionó frente a estas ideas de manera diversa: modelizando lo que sucedía en otras literaturas europeas en contados casos -particularmente el decadentismo francés o extremando el naturalismo (Sawa, López Bago,...)-; mimetizando defensivamente a los grandes autores del simbolismo en movimiento de atracción y repulsión a la vez, marcando la distancia con el enfermo (Rubén, Gómez Carrillo); el amplio grupo regeneracionista tiñe su discurso de ese entorno medicalizado y busca la cura del cuerpo infectado; o la amplia crítica antimodernista que estigmatiza a esos dolientes escritores y busca y trata de internarlos.

En España e hispanoamérica la medicalización literaria es una realidad similar a la europea. Pompeyo Gener se adscribe a las tesis de Nordau y edita *Literaturas malsanas: estudio de patología literaria contemporánea* (1894), en cuyo prólogo podemos leer: "Hoy las enfermedades reinantes son más graves, más depresivas, por lo menos algunas de ellas. Hablamos del *Pesimismo* que bajo las formas de Nihilismo en Rusia, y de *Neobudismo* en Alemania y aún en Francia, están deprimiendo los caracteres y sobreexcitando las imaginaciones. Otra enfermedad aunque menos grave es la que podríamos llamar el *Medanismo* o *Zolismo*, con sus variantes de *Vulgarismo*, y de *Pseudo darvinismo* literario. Complacerse en lo feo, en lo repugnante, en lo asqueroso, o en lo nimio, en lo insignificante, en lo vulgar, es dolencia igual a la de aquellos enfermos que comen basura, yeso, carbón o papel de estraza. El fin del Arte (se entiende, fin moral) es el de procurar un estado de sensibilidad superior al público; lo que es lo mismo que decir, un aumento de vida. Todo lo que sea, pues, procurar emociones deprimentes, estados de encogimiento y de tedio, es tender a la muerte, y sólo puede ser hijo de un estado patológico mental del que lo produce, y por tanto, es reprobable.

"Otras enfermedades literarias son las que se comprenden bajo el nombre de *Magismo*, *Decadentismo*, *Delicuecencia* [sic], *Simbolismo*, etc. Confundir el campo de acción y los medios de la literatura, con los de la música, sostener que las letras no deben de espresar [sic] ideas sino símbolos de estados vagos de sensibilidad semi-conciente, producto ha de ser, sin duda alguna, de alteraciones en la composición de los tejidos de los centros de

sensibilidad"[4].

En general, las señas de identidad del decadente son los signos de lo patológico, la romántica tuberculosis, la prestigiosa locura, el alcoholismo y la hiperestesia.

Gómez Carrillo, mentor de los nuevos ismos y hombre a la moda en nuestro fin de siglo dice en su libro *Literaturas extranjeras. Estudios cosmopolitas* (1895): "Las enfermedades mentales son preferibles a la salud burguesa. Los histéricos que aún no han llegado a ese extremo funesto en que los ardores internos degeneran en locura sexual, tienen un encanto malsano que supera al atractivo de la perfecta robustez... Y Lutecia no está loca todavía. Sus gestos son harmónicos y en su palabra hay un gran fondo de discreción escéptica. [...]

"Naturalmente, los poetas jóvenes de una ciudad cuya vida ofrece tantos fenómenos raros, no pueden ser ni épicos ni austeros, sino que, por el contrario, tienen que ser inquietos, refinados perversos, escépticos y enfermizos. Los de París lo son, pero lo son de una manera interesantísima,..."[5]

Los artículos que siguen, fragmentariamente, analizan algunos de estos aspectos -romanticismo, Darío, decadentismo, Sawa, Altamira, Zeno Gandía, Ganivet, Díaz Rodríguez, Valle-Inclán, Miró, la novela vanguardista, Gómez de la Serna-, que delinean hasta hoy la interacción entre literatura y ciencia .

---

[4] Vid. Pompeyo Gener, *Literaturas malsanas* (Madrid: Fernando Fe, 1894) 3-4.

[5] Vid. E. Gómez Carrillo, *Literaturas extranjeras. Estudios cosmopolitas* (París: Garnier, 1895) 138-139.